

familias educadoras

número **67**

Estamos en un mes muy significativo para la Familia Salesiana, el mes de Don Bosco. El 31 de enero, en cada casa, se celebrará una fiesta en honor a San Juan Bosco: padre, maestro y amigo de los jóvenes.

De manera especial, en el apartado “Don Bosco en Familia” hemos incluido un especial de las Memorias del Oratorio.

El tema que encontraréis en este número es el de la “comunicación”. Ser estratégicos con nuestras palabras, con nuestras actitudes... nos ayuda a abordar respetuosamente los sentimientos de los más pequeños de la casa y podemos mostrar firmeza sin desgaste. Os ofrecemos la primera parte de “comunicarnos con estrategia”. Esperamos sea de vuestro interés.

Feliz día de Don Bosco.

Noelia Soriano

En este número

- **COMUNICARNOS
CON ESTRATEGIA (I)**
Palabras que ayudan
y educan
- **ESPECIAL**
Don Bosco en familia
Memorias del Oratorio





COMUNICARNOS CON ESTRATEGIA (I)

Palabras que ayudan y educan

¿Cuál es la mejor forma de decirle a mi hijo que debe recoger los juguetes?
¿Cómo controlar con mis palabras una “rabieta”? ¿Cuál es la mejor forma de afrontar una conversación en la que me cuenta algo con lo que no estoy de acuerdo?

Una de las grandes preocupaciones de los padres y madres es hacerlo bien con sus hijos: decirles algo que les ayude a calmarse, que sea el mensaje que le haga reflexionar o dar una indicación y que sea escuchada.

Por eso, en estas líneas queremos abordar **la comunicación con estrategia** pues, aunque todos nos comunicamos constantemente, siempre hay formas más adecuadas que otras de hacerlo.



A través de la comunicación ayudaremos a los más pequeños a un mejor desarrollo, a marcar límites, a que entiendan que son importantes para nosotros, a que aprendan a empatizar, a que organicen sus ideas, a que identifiquen sus sentimientos...en definitiva, **educamos a través de la comunicación.**

Abordamos algunas claves que nos ayuden en esta tarea. Para hacerlo, utilizaremos ejemplos.

COMUNICACIÓN QUE AYUDA A GESTIONAR SENTIMIENTOS

Los adultos por inercia, en muchas ocasiones, podemos llegar a negar los sentimientos de los más pequeños o cubrirlos el problema con la intención de no verles sufrir.



“Negar los sentimientos” ❌

Hija: me han robado el estuche (llorosa).

Madre: seguro que lo has perdido, eres un desastre.

Hija: que no, me lo han robado estoy segura (levantando un poco la voz).

Madre: es el tercero ya en este curso, estoy harta de que no cuides tus cosas.

Hija: (llorando enfadada) no me escuchas ¡me lo han quitado!

“Cubrir el problema” ❌

Hija: me han robado el estuche (llorosa).

Madre: seguro que lo ha cogido alguien de tu clase.

Hija: tenía los rotus que me gustaban (cara de enfadada).

Madre: no pasa nada, compramos otros y mañana hablo yo con tu tutora.

Hija: pero quiero que sean iguales que me gustaban mucho.

Estas situaciones habituales se pueden afrontar de manera distinta para educar en la gestión de sus sentimientos con algunas pautas.

Ahora vamos a aplicar a esta situación las siguientes pautas:

Escuchar con atención.

En vez de juzgar, indicar con palabras que le sigues escuchando “aja” “entiendo”...

En vez de negar o tapan el sentimiento, dale nombre.

En vez de aconsejar, dejar que elija una alternativa.

Hija: me han robado el estuche (llorosa).

Madre: (la madre se gira y le mira).

Hija: estaba en clase y lo tenía en la mochila, cuando lo necesitaba para hacer un dibujo me he dado cuenta de que no estaba.

Madre: imagino que estarás enfadada.

Hija: pues sí, porque no sé si lo habrá cogido alguien sin pedírmelo. He preguntado y nadie lo había visto... (pasan un momento en silencio)

Madre: ¿Qué vas a hacer ahora?

Hija: (Pensativa)... voy a mirar en mi habitación. ¡Mamá! Me lo he dejado encima de la cama (vuelve contenta).

COMUNICACIÓN QUE FAVORECE LA COLABORACIÓN Y SU AUTONOMÍA



Se invierten grandes dosis de energía cuando se pretende educar a un hijo o una hija en rutinas, normas de higiene, normas sociales... hay chicos y chicas que responden rápido a estas pautas establecidas, pero hay otros que muestran más resistencia.

Ante la resistencia **solemos reaccionar con patrones aprendidos**: con sermones, utilizando la ironía, comparamos o diciendo algo de lo que luego nos arrepentimos.

Por eso vamos a proponer **alternativas** a esto que, con entrenamiento, van surgiendo de manera natural en la comunicación y son más eficaces que “los patrones” de los que hablábamos antes.

▪ **Describir la situación que observamos** (así les damos la oportunidad de entender lo que deben hacer ellos mismos).

“Lucas sale del baño y su padre se da cuenta de que ha dejado la luz del baño encendida. Esta es una situación que ocurre habitualmente”.

Evitar: “¿Cuántas veces te he dicho que cuando salgas del baño apagues la luz? Eres un descuidado Lucas, siempre estamos igual contigo”.

Es mejor: “Lucas, la luz del baño está encendida”.

▪ **Dar información útil para la situación** (cuando damos información precisa los niños saben, sin que les digamos nada más, lo que deben hacer, sobre todo si la situación ya se ha producido otras veces).

“Laura se sienta a la mesa un día más con las manos sucias”.

Evita: “Eres una cochina, te he dicho muchas veces que hay que lavarse las manos antes de comer, te pondrás enferma y te quejarás”.

Es mejor: (Con tono firme) “Hay que lavarse las manos antes de empezar a comer”.



Somos más eficaces en la tarea de educar potenciando este estilo de comunicación. Palabras que ayudan en la relación, que bajan el nivel de crispación ante determinadas situaciones.

En el próximo número veremos nuevas pautas para comunicar con estrategia.

DON BOSCO en FAMILIA

Especial, Memorias del Oratorio

El día solemne de la Inmaculada Concepción de María (8 diciembre de 1841) y a la hora establecida, me encontraba revistiéndome con los ornamentos sagrados para celebrar la santa misa. El sacristán, Giuseppe Comotti, al descubrir en un rincón a un jovencito, le invitó a que me ayudara a misa.

—No sé, respondió él, muy avergonzado.
—Ven, replicó, debes hacerlo.
—No sé, repuso el jovencito, no lo he hecho nunca.
—Eres un animal, afirmó furiosamente el sacristán; si no sabes ayudar a misa ¿a qué vienes a la sacristía?

Mientras decía esto, agarró el mango del plumero y la emprendió a golpes en la espalda y en la cabeza de aquel pobrecillo.

Mientras éste echaba a correr, grité yo con fuerza:



—¿Qué hace? ¿Por qué pegarle de ese modo? ¿Qué ha hecho?
—¿Por qué viene a la sacristía, si no sabe ayudar a misa?
—Pero usted ha hecho mal.
—¿Y a usted qué le importa?
—Me importa mucho; se trata de un amigo mío. Llámeme inmediatamente, necesito hablar con él.
—Tuder, tuder, exclamó llamándole y corriendo tras él; asegurándole que no le haría daño, lo condujo a mi lado.

El muchacho se acercó temblando y llorando por los golpes recibidos.

—¿Has oído ya misa?, le dije con el cariño que me fue posible.
—No, respondió.
—Ven, pues, a oírla; después me interesaría hablarte de un asunto que te va a gustar.

Aceptó. Deseaba mitigar el disgusto de aquel pobrecito y no dejarle con mala impresión hacia los responsables de aquella sacristía. Celebrada la santa misa y practicada la debida acción de gracias, trasladé a mi aspirante a un coro. Sonriendo y asegurándole que no debía temer más bastonazos, empecé a preguntarle de esta manera:

—Mi buen amigo, ¿cómo te llamas?
—Me llamo **Bartolomé Garelli**.

—¿De qué pueblo eres?
—De Asti.
—¿Vive tu padre?
—No, mi padre ha muerto.
—¿Y tu madre?
—Mi madre ha muerto también.
—¿Cuántos años tienes?
—Tengo dieciséis.
—¿Sabes leer y escribir?
—No sé nada.
—¿Has sido ya admitido a la primera comunión?
—Todavía no.
—¿Te has confesado alguna vez?
—Sí, pero cuando era pequeño.
—Ahora ¿vas al catecismo?
—No me atrevo.
—¿Por qué?
—Porque mis compañeros más pequeños saben el catecismo; y yo, tan mayor, no sé nada. Por eso me da vergüenza ir a las clases.
—Si te diera catecismo aparte, ¿vendrías a escucharlo?
—Vendría con mucho gusto.
—¿Vendrías con agrado a esta habitación?
—Vendré con mucho gusto, siempre que no me peguen.
—Estate tranquilo, nadie te tratará mal. Al contrario, serás mi amigo, tendrás que tratar conmigo y con nadie más. ¿Cuándo quieres que comencemos nuestro catecismo?
—Cuando usted quiera.
—¿Esta tarde?
—Sí.
—¿Quieres ahora mismo?
—Sí, también ahora; con mucho gusto.

Me levanté e hice la señal de la santa cruz para comenzar, pero mi alumno no la hacía porque no sabía. Aquella primera lección de catecismo la dediqué a enseñarle a hacer la señal de la cruz y a que conociera al Dios creador, junto al fin para el que nos creó. Aunque de flaca memoria, dada su asiduidad y atención, en pocos domingos logró aprender las cosas necesarias para hacer una buena confesión y poco después su santa comunión.

A este primer alumno se unieron otros muchos; durante aquel invierno me centré en algunos mayores que tenían necesidad de una catequesis especial y, sobre todo, en los que salían de las cárceles.

